**PMP - Actividad 6
Lucía Stagnaro**

Texto de reflexión elaborado a partir de la charla de Eli Pariser (TED, 2011) y la bibliografía de la unidad temática.

\_\_\_\_\_\_

Para Eli Pariser (TED, 2011) hay una edición invisible y algorítmica de la web que consumimos. Antes, en los medios tradicionales, quizá nos era más sencillo identificar a los editores, asociarlos a políticas editoriales e ideologías, y discernir entre nuestros consumos. Hoy, luego de una primera era de confianza e identificación de la red como un lugar de libertad y comunicación irrestricta e ilimitada, podemos ver con claridad que el problema es mayor de lo que suponemos. Los cambios en las políticas de distribución de las noticias, con algoritmos personalizados que alteran lo que vemos, establece un *supracontrol* que limita nuestro poder de decisión sobre la información que consumimos. Y lo más preocupante es la certeza de que, mayoritariamente, no estamos formados ni poseemos las herramientas para realizar ese ejercicio de identificación y discernimiento —tan necesario— sobre lo que nos proporcionan estas nuevas formas de la comunicación y la información.

En este contexto, si bien se multiplican las voces a las que podemos acceder, provocando un efecto acumulativo sobre la exclusividad del ámbito periodístico y los medios tradicionales (Boczkowski, Mitchelstein, 2015, p. 13), los grandes medios siguen siendo parte importante de la construcción del flujo informativo. Para ello han tenido que adaptarse y redirigir la atención a la demanda de los consumidores, que ahora pueden desagregar esa información disponible presentada de forma no lineal y por múltiples canales (Boczkowski, Mitchelstein, 2015, p. 13).

En este esquema, para captar y fidelizar a sus audiencias, también los grandes medios introducen la segmentación y personalización de sus páginas de inicio y sus contenidos según los perfiles del usuario. Entonces, ya no sólo internet y las redes sociales nos muestran lo que prefiguran que queremos encontrar y no necesariamente lo que estamos buscando, sino que también, las secciones de noticias de las plataformas *online* de los medios tradicionales se vuelven parte de la construcción de esa burbuja.

¿Cuál es la libertad de elección si no somos enteramente conscientes de que no estamos pudiendo elegir?

Para Pariser (TED, 2011), este ejercicio de dominio y control sobre el contenido debe —o debería— estar siempre mediado por la ética y la responsabilidad, que son cualidades esperables de los seres humanos pero difíciles de configurar en las máquinas que operan a partir de algoritmos sobre nuestros intereses y deseos.

Según Barberá (2015) el objetivo de Twitter es mejorar la experiencia de navegación para quienes usan su servicio. Sin embargo, el resultado es un mecanismo de distribución de información que está segregado espacialmente por comunidades y que refuerza las identidades originarias (Citado en Calvo, 2015, p. 26).

A su vez, la posibilidad de expandir (o contraer) esa burbuja, desde la configuración personal, bloqueando y silenciando todo lo que no nos agrada o con lo que disentimos, nos encierra cada vez más en espirales de repetición homogéneas y alineadas con nuestra forma de pensar y sentir la realidad. Esa cámara de eco, a la que alude Calvo (2015, p. 15), se construye desde la fragmentación y segmentación automatizada de las redes pero, nobleza obliga, también con nuestro beneplácito, en el regodeo de encontrarnos reconocidos por otros que comparten nuestras creencias sobre cómo funciona —y cómo pensamos que debería funcionar— el mundo.

“(...) en Twitter, la gran mayoría de los que me rodean están de acuerdo con lo que yo pienso”. (Calvo, 2015, p. 29)

La idea tecno-romántica de la hiperconexión libre y directa al mundo gracias a las redes se desvanece en nuestra cara. Estamos parcialmente conectados al lugar del mundo que nos es confortable, esa *safety zone* donde nuestras ideas son validadas en *likes* y *favs,* y donde nos replicamos entre nosotros, en un ejercicio de expansión que no es tal. Si nadie puede escucharnos desde fuera, si nosotros tampoco estamos abiertos o disponibles a recibir nuevas ideas, posturas, a confrontar y debatir, a poner en relación desde la diferencia, seguiremos hablando entre nosotros, dándonos palmadas en la espalda, congratulándonos en este espacio pequeño de coincidencia, pero no seremos capaces de construir cambios reales. Porque para cambiar se precisa bastante más que abrazarse desde la coincidencia.

¿Acaso hay un nuevo lugar de consciencia respecto a cómo recibimos —y construimos— información a través de las redes? ¿Podemos entonces, desde este nuevo lugar, elegir? ¿Podemos salirnos de esa burbuja? Pero, más importante aún, ¿estamos dispuestos a salir de ella? Porque este rompimiento, a todas luces deseable, tiene como contrapartida el inconfort de volver a dar la discusión abierta, de dejarse permear y tener que dialogar con lo diferente, construir también a partir del desencuentro.

Todos queremos elegir. Entonces, quienes tenemos la suerte de poder hacerlo, elegimos dónde vivir, dónde mandar a nuestros hijos a la escuela, con quienes relacionarnos. Y en esas elecciones vamos tejiendo un universo seguro para nosotros y nuestros intereses. Por supuesto que esa capacidad de elección no es totalmente libre, sino que se ve fuertemente condicionada por nuestras posibilidades (sobre todo, materiales). Entonces, si existe posibilidad de elección de algunos, también existe imposibilidad y segregación para otros.

“Cada usuario vive en un barrio que está políticamente segregado, o por lo menos mucho más segregado que el de sus vidas no virtuales. En cada una de estas zonas, las ideas que cada uno de nosotros tiene sobre el mundo que nos rodea van filtrando el contenido al cual podemos acceder y generando narrativas que son localmente mayoritarias. Cada *fav* y cada retuiteo refuerzan los límites de las distintas comunidades de usuarios y condicionan la información a la cual accedemos”. (Calvo, 2015, p. 27)

Las redes, en definitiva, no son más que una réplica de la fragmentación, la parcialización y la exclusión que reina en nuestras sociedades contemporáneas. Salir de la red, salir de la burbuja y poder ver más allá, se vuelve imprescindible. O, quizá, el camino pasa por transformar la forma en la que nos movemos en ellas, y exigir, como ciudadanos, que estas también se regulen y se modelen, también, desde un sentido ético. Algo que en este momento, a sabiendas de lo difícil que está siendo regular los medios tradicionales de comunicación y sentar leyes que puedan permear el manejo de la información por parte de los grandes monopolios empresariales, parece, por lo menos, una utopía.